

Conferencias del filólogo español

Don Américo Castro

Invitado por la Universidad de Chile, el catedrático de Filología de la Universidad Central de Madrid, don Américo Castro, dió a fines de 1923 una serie de siete conferencias, destinadas a los profesores de Castellano i a los estudiantes del ramo en nuestro Instituto Pedagógico.

Fueron aquellas conferencias del mayor interés, tanto por sus temas como por la claridad de la exposición.

Hemos procurado reproducirlas con la fidelidad posible.

Se irán insertando en las entregas de los Anales del presente año.

Su lectura será de gran provecho para todos.

Epocas principales de la historia de la
lengua española.



Epocas principales de la historia de la lengua española.

Señor Rector, señoras, señores:

No atribuiréis seguramente, a un puro lirismo el que os diga que me encuentro profundamente emocionado en estos momentos. La forma en que el mundo culto de Santiago de Chile me recibe, me llena de una emoción, que sólo puede compararse en su intensidad al sentimiento de responsabilidad que me invade.

Yo no sé cómo manifestar mi agradecimiento a las autoridades académicas de esta Universidad, en primer término al dignísimo señor Rector, a la prensa del país por las benévolas atenciones que ha tenido para mi modesta persona desde mi llegada a Santiago i, en fin, al público docto que en estos momentos tengo ante mí i al cual pregunto de qué manera voi a satisfacer.

Venir a Chile a hablar de cuestiones relativas a la ciencia del lenguaje no es lo mismo que ir a hablar de estas materias en otros países hermanos.

Desde mi juventud he admirado la actividad científica de este país acerca de la lengua española. Desde muy temprano manejábamos nosotros la gramática de Andrés Bello, del cual ¡qué voy a decir que no sepáis! Posteriormente, en la época en que la ciencia de la lengua tomó rumbo distinto, Chile hizo lo que ningún otro país de nuestra habla, al atraer a su Universidad sabios especialistas en asuntos filológicos. Desde 1889 i 1890, Chile contó con dos personalidades de primer orden en el ramo: los doctores Federico Hanssen i Rodolfo Lenz.

Ya antes de venir aquí espresé en algún escrito mi emoción i mi admiración respetuosa hacia la personalidad del doctor Hanssen, con motivo de su lamentable fallecimiento, que malograba prematuramente una vida de labor inteligente i esforzada. Felizmente contamos aún entre nosotros al profesor Lenz, del cual no pretendo hablar con ánimo de informaros acerca de quién es este sabio, sino sencillamente para que sepáis que yo se quién es él. El Dr. Lenz es una de las personalidades más notables en el dominio de la filología románica; el Dr. Lenz es el primer investigador que hace la aplicación de la fonética a problemas estrictamente filológicos; el Dr. Lenz es el primero que esplica en forma científica la evolución de los sonidos palatales; el Dr. Lenz es quien esplica por vez primera, valiéndose de métodos especialísimos, cómo una lengua primitiva, una lengua indígena influye en la estructura del lenguaje posterior. A este respecto,

son sumamente interesantes sus estudios sobre el araucano i el chileno.

I como si esto no fuera bastante, el Dr. Lenz sale de los dominios del análisis técnico de los sonidos i se lanza al mundo complejo de los fenómenos psicológicos para brindarnos obras espléndidas, escritas en lengua castellana, como «La oración i sus partes», en la cual todos vosotros i yo también hemos aprendido muchísimo.

Si a la obra de estos dos grandes maestros se añade el esfuerzo de ciencia propiamente del país i se recuerdan los nombres de vuestros lexicógrafos anteriores, Amunátegui, Rodríguez, Ortúzar, Román, Amunátegui Reyes, cuyas obras lexicográficas, henchidas de materiales de primera mano, constituyen un modelo de precisión, de claridad; si se añade la obra de vuestros profesores de literatura española, como D. Arcadio Ducoing i todos aquellos que en la República se esfuerzan por dar a conocer nuestra lengua i nuestra literatura, comprenderéis que yo no pueda hablar aquí con la misma disposición de ánimo con que hablaría ante otros públicos.

No necesitáis vosotros fundar institutos de filología: los tenéis. Podrán los profesores que vengan de afuera traer os notas personales con que acrecentar el acervo de vuestro saber; pero lo que atañe a las líneas jenerales del método, lo que significa incorporar a vuestro mundo universitario métodos filológicos universales, todo eso, vosotros, felizmente, lo tenéis.

Permitid, sin embargo, a un español que se siente más conmovido cuanto más se aleja del punto de partida i que al llegar a esta última Thule meridional se asombra de que la lengua española se manifieste

tan lozana, tan bella, tan pulcra; permitid a un español que quiera hablaros un poco de la lengua, de aquello que, en último término, pese a las diferencias políticas, a las diferencias personales i nacionales, a las diferencias psicológicas, a los derroteros diversos en la historia, ha de mantener unidos nuestros corazones i nuestras mentes.

Es grato remontarse a los orígenes de su vida. Hoi las disciplinas históricas cobran mayor interés porque vamos enterándonos i sintiendo con finura i precisión que el sentido real de las culturas, se encuentra en el decurso de los acontecimientos históricos. La historia no es ya la simple narración de hechos anecdóticos o de accidentes de índole i proyecciones sociológicas; es la exposición i el estudio comparativo del desarrollo de esos seres complejos llamados culturas que van tomando diferencias de forma, adquiriendo matices de sentido nuevo.

He aquí, pues, cómo resulta atractiva la tarea de analizar las peripecias históricas de este complejo medio de cultura llamado la lengua española.

Sabéis que durante mucho tiempo no hubo ciencia del lenguaje; sino únicamente observaciones empíricas. Apenas desde el siglo XIX, gracias a la creación de la lingüística europea, comenzaron a estudiarse las lenguas como organismos vivos. Por este camino se llegó hasta aplicar el método de las ciencias naturales al estudio de los idiomas. Pero éstos no son únicamente manifestaciones naturales; no podemos estudiar su evolución como la de un vegetal; las lenguas son fundamentalmente objetos de cultura i hoi nos sentimos obligados a formar síntesis de todo aquello que da el análisis objetivo, físico, de este órgano

humano que es la lengua i que está condicionado por otros fines a la vez que destinado a gobernar la evolución de la cultura. Por tanto, es ciencia exacta de un lado i ciencia relativa o cultural de otro; i para ambos aspectos han de seguirse métodos diversos.

Intentar, en consecuencia, el estudio de la evolución del español supone descomponer en sus elementos más finos i sutiles la trayectoria de nuestra alma a través de los siglos, i ver paso a paso cómo ese organismo, amorfo en un principio, adquiere al fin contornos bellos i definitivos.

El español, al principio, no era nada, naturalmente. Era un mísero dialecto sin nombre, que se hablaba en el Norte de Castilla. Según el poema de Fernán González, hacia 240, era Castilla un pequeño reino cercano a las fuentes del Ebro.

«Entonces era Castilla un pequeño Rincón».

Así, al Norte de Burgos, hacia Santander, comienza el balbuceo que después ha de convertirse en una lengua de alcance mundial.

Después, hacia fines del siglo VII i principios del VIII, cuando la Península Ibérica se vió invadida por las huestes musulmanas, la lengua de la Península presenta bastantes rasgos uniformes. Eso se verá más claramente cuando aparezca el libro que prepara Menéndez Pidal sobre el español prehistórico de los siglos X i XI.

España ofrece el aspecto de su uniformidad fonética. Cuando la literatura de un país no es sustituida por la nueva lengua, ésta se deshace en mil variedades. A pesar de eso, hubo características comunes en todas aquellas rejiones diversas que no eran el Norte de Castilla. Voi a dar un ejemplo para no detener-

me en detalles técnicos. El grupo a que pertenece la expresión «feito» se transforma sucesivamente, en los diversos dialectos.

Es decir, no hai «ch», no existe el sonido «ch», la lengua románica hablada en el Sur de la Península hasta la invasión de los musulmanes tenía rasgos más parecidos al gallego i al aragonés que al dialecto de Castilla.

Hoi sabemos con bastante exactitud que cuando los califas musulmanes dominaron en Córdoba, en el siglo X, por ejemplo, no se había perdido la lengua románica que hablaba la jente invadida. Esa lengua ofreció una enérgica resistencia a la cultura de los invasores. I es así como sabemos por los estudios de Julián Riveros, que en Córdoba se hablaba romance, no la lengua árabe, sino una lengua derivada del latín.— Esta lengua la conservaron los mozárabes hasta el siglo XII; no salió de España, a pesar de la furia religiosa con que los invasores arrasaron con todo lo que representaba la civilización de España cristiana.

Así lo demuestra Gómez Moreno en su libro sobre las catedrales mozárabes. Más abajo de Toledo no hai iglesias, porque todas fueron destruídas por los almohades i almoravides.

Pues bien, aquí encontramos entonces que desde el siglo XII, en todo el Sur de la Península, se habla árabe. De manera que los problemas que a nosotros pasan a interesarnos son los que se refieren a la mitad Norte. I por eso, al estudiar la historia del castellano, de los dialectos hispánicos, mejor dicho, hemos prescindido del Sur, incluso Toledo, para ocuparnos de lo que ocurre al Norte del Guadarrama.

Aquí la situación es clara: se forman grupos de culturas hacia la parte del Oeste; esto trae como consecuencia una pluralidad de civilizaciones i, técnicamente, una inefable propensión al lirismo; aparecen los acentos i modalidades íntimas de la literatura galaico-portuguesa, que se define poco a poco para llegar a constituir una lengua especial; i se forma también una lengua especial en el lado catalán, por razones que no conocemos aún claramente. (Me inclino a pensar que no se trató de una invasión del Norte, sino de condiciones especiales o locales que determinaron el nacimiento de un idioma).

En el siglo VI, vemos que hubo una uniformidad bastante considerable. El leonés responde a condiciones posiblemente anteriores a la constitución del Reino de León. Pero con la sabia investigación de Menéndez Pidal, que conoceréis en su próximo libro «El Castellano en los Siglos X i XI», queda en claro que hubo otro más importante que era Castilla.

Pues bien, en estas condiciones ¿qué le ocurrió al sonido CH refujiado en el Ebro? Va a competir primero con la ll i la y. Se empieza a decir PALLA, luego PAYA. Después llega a cambiarse por la j, hasta llegar a nuestro actual PAJA. Más adelante comienza su azarosa peregrinación hacia el Sur. Los Condes de Castilla, con su amplia visión del porvenir (todos vosotros conocéis esa vida que nos narró Fernán González), hicieron todo lo posible por que Castilla se constituyera como un Reino independiente de León; i así comenzó a estenderse hacia el Sur, en forma de abanico. Se produjo entonces el hecho conocido de que el leonés acabó en Extremadura, Za-

ragoza i Castilla. Queda hoi sólo en formas rústicas dentro de su rejión.

Por consiguiente, nos encontramos con que la vida del castellano va íntimamente unida a la supremacía del Reino de Castilla. Pero ¿a la supremacía política únicamente? Nó. Roma, con toda su fuerza, no pudo imponer el latín a Grecia. Se impuso la lengua de Castilla, de este reino llamado a grandes destinos, más adelante, en el siglo X, cuando la épica castellana cantó las hazañas de los héroes i las tragedias que ensangrentaron las grandes familias del Reino. El Poema de «Los Infantes de Lara», como lo demuestra Menéndez Pidal, se encuentra en los primeros peldaños de nuestra historia literaria.

Castilla se encuentra dotada de una posibilidad de que carecen absolutamente todas las otras rejiones de la provincia. No hai poesía épica sino en Castilla. Por eso, cuando a mediados del siglo XII la figura de Rodrigo Díaz de Vivar es convertida en mito por la fantasía del pueblo, ese mito cae en el molde castellano i nó en el leonés o aragonés. Tienen una gran importancia estas figuras épicas cantadas por Castilla, la que adquiere ya conciencia de su poesía épica, i tiene importancia este «Poema de Fernán González» porque representa la labor erudita de las antiguas jestas i en esa relación erudita se vierten todos los sentimientos nacionales. Castilla es ponderada: puede competir en belleza física con otras rejiones; se encuentra de todo en Castilla, según el decir del autor de «El poema de Fernán González». Es decir, se toma esa conciencia que hace brotar lo épico de los propios personajes i se la proyecta en la forma docta en que está refundida en la jesta de Fernán

González. La poesía épica de las jestas populares fué moldeando su alma i aún su propia forma, concientemente, hacia el exterior.

Pero si la poesía popular con sus manifestaciones épicas en los cantares, las jestas i el romancero contribuye más tarde a que Castilla espresese su intimidad étnica i de nación, en cambio falta alguna otra cosa para que el castellano, en la Edad Media, tome bríos que le permitan aniquilar i reducir a la mudez a las otras literaturas. A este respecto, deben citarse los «Poemas de Alexandre i de Apolonio».

Por fin, el castellano logra reducir a la mudez a todos los dialectos limítrofes i llega, no sólo por las fuerzas de las armas sino por la conciencia íntima de sus manifestaciones en las jestas, a convertirse en un órgano de cultura.

La Edad Media no ha sido estudiada, por lo menos en lo que atañe a nuestra historia de España, desde el doble punto de vista local e íntimo, i universal. Yo no tengo tiempo de estenderme en estas consideraciones, pero sería interesante que manifestara ante vosotros cómo la Edad Media, época de localismo de las costumbres típicas, de las lenguas ríjidas, de los dialectos múltiples, época que el romanticismo del siglo XIX exaltó i embelleció, con desconocimiento de los siglos XVII i XVIII, representa un período de profundo universalismo i de doctrinas. Al mismo tiempo que se manifiesta el localismo más extraordinario i la singularización más típica en todo lo que es poesía épica popular, se manifiesta también la obra docta que representa la cultura de España con relación a la cultura universal. No hai tema docto en la Edad Media, ya sea en la ciencia o en la poesía,

que no se estienda por igual a todos los países de Europa.

Temas históricos, científicos i relijiosos, todo se encuentra tanto en español como en italiano, francés i alemán. Hubo universalidad en toda una parte de la literatura medioeval. I esto depende sencillamente de que esos temas universales les eran accesibles i los podían presentar en una forma bella e interesante. El castellano hizo esto en el siglo XIII. Alfonso el Sabio es para nosotros algo parecido en significación a lo que es para la Italia el Dante Alighieri. Todo valor medioeval se encuentra en Las Partidas; toda construcción científica está en los libros del Saber de la Astronomía.

Por consiguiente, el castellano se convierte en la lengua del saber universal; i esto hace que todas las jentes cultas se plieguen a esta lengua, en virtud de esa acción inconsciente que hace que todos hablemos nó de lo que queremos sino de lo que sabemos. Las obras de Alfonso el Sabio se convierten en modelos i dan a su vez al castellano la importancia de la lengua modelo para la cultura. Esto pasa, repito, en el siglo X.

Las lenguas se desarrollan como instrumentos sociales por razones sociales. Hai diversos caracteres menores de espresión; pero uno adquiere predominio sobre los demás. ¿I cómo lo adquiere? Por una razón mui sencilla. Todos conocemos la anécdota de aquel gran señor que se presentó en la corte de Marie de France i del cual se reían las damas porque hablaba en picardo. Este caballero se lamentaba de las burlas de las damas; pero al cabo se preguntó: «¿Qué hacer para evitarlo?» I se dijo: «Hai que hablar parisien-se; no se puede seguir hablando picardo». Hai sin

duda casos como éste en la historia de la lengua castellana. No los conocemos; pero han debido ocurrir muchos.

Se convirtió, pues la lengua en un modelo i hubo que plegarse a él.

Después, en lo que es estructura morfológica, fonética i gramatical del idioma, se pueden estudiar los movimientos progresivos de cierta uniformidad en la Península, sobre todo de uniformidad en la parte central. Después tenemos la época que debió empezar en el Norte de Castilla con cierto hecho diferencial que podría resumirse en la presentación de la «ch» en lugar de la «ct» latina, etc., en la pérdida de la «g» nasal antes de vocal átona. Se dice «hermano» en lugar de «germano»; «Enero» en lugar de «Genero». En portugués se dice «Janeiro»; en castellano se dice solamente «Enero».

Hai, pues, particularidades fonéticas características del castellano frente a los otros dialectos. Tenemos, en seguida, una época de refundición de estas particularidades.

Después tenemos otros dos períodos que podrían clausurarse con la época de Alfonso el Sabio, cuando el castellano adquiere plena conciencia de sí mismo i se convierte en un órgano de cultura literaria i científica.

Hai otra época: desde fines del siglo XIII hasta fines del siglo XV. En este período la lengua castellana es ya una lengua nacional; la penetración castellana hacia Oriente i Occidente es enorme. Pueden citarse en este período las obras de nuestros hombres doctos, «Las Partidas», la «Grande e General Estoria» de Alfonso X, el Sabio, i los libros del Arcipreste de

Hita. Todas estas obras constituyen las manifestaciones doctas, pero no las íntimas i las de la épica, i por eso pueden ser proyectadas al exterior.

Estas obras producidas durante los siglos XIV i XV afirman i fijan la fisonomía de la lengua durante la Edad Media. ¿Cuáles son las particularidades principales de esta época? Me dirijo a un auditorio de filólogos, de manera que no insistiré sobre ellas. Es el hecho más curioso en la fonética, el de la presentación de todas esas consonantes que no se alteran a principios del siglo XVI. La «s» sonora i la «ss» sorda; la «j» sonora i la «x» áfona; la «z» sonora i la «c» áfona. Estas son las principales diferencias en cuanto a la pronunciación, diferencias que pueden percibirse todavía hoy tanto en boca de un judío español, en Salónica, como en Marruecos. Este es el estado fonético característico de la lengua medioeval.

Morfológicamente, podría citar muchos hechos; pero me limitaré tan sólo a insistir en la multiplicidad de formas verbales. Sin el estímulo de la cultura, las lenguas se fraccionan i se dividen; por eso hai que mirar como pecado de lesa cultura el intento de fraccionarlas; hai que dejarlas en su unidad cuando felizmente la tienen. Respecto a esta multiplicidad de formas verbales, hai que citar, por ejemplo, los pretéritos perfectos con varias formas: «andé», «andide», «andude» i «anduve». Comenzó diciéndose «andé», luego se dijo «andide», después «andude» i, por último, «anduve», forma que aún prevalece por su analogía con «hube», por imitación, por influencia. De manera que todas estas formas van siendo escluídas i queda una sola. Lo mismo pasó con otras. La Edad Media tenía va-

riedad de formas que habían de ser después reducidas.

En sintaxis pasa lo mismo. Por ejemplo, con la posposición del pronombre. El pronombre se antepone en el imperativo, i se dice: **TE SIENTA**, en lugar de **SIÉNTATE**. Hai partes en España donde aún se dice **SE SIENTE UD.** La anteposición del pronombre es uudin ,esarcaísmo.

En pasiva o refleja, se decía: **SE VEN LOS HOMBRES**. Después se dirá, como ha demostrado Cuervo, **SE VE A LOS HOMBRES**. Hanssen demostró cómo la colocación del verbo auxiliar sirve para determinar diversas épocas en el pasado histórico.

Dentro de este período, pues, que por razones ocasionales no trazo sino en líneas jenerales, creo que podemos decir que la Edad Media está toda caracterizada por cierta unidad en lo fonético, en lo morfológico i en lo sintáctico.

Si esto es lo que se refiere al contenido material de la lengua, lo que es estralingüístico no tiene para el filólogo menos importancia; de tal manera que yo pienso que son inseparables la elocución en nuestro idioma i su literatura.

En el siglo XV nos hallamos con la corte de Don Juan II, que con su pléyade de literatos recibe las influencias del dulce estilo de Italia i señala rumbos a la evolución renacentista. I según esto, podemos comparar lo que es la evolución en los siglos XV i XVI.

Tiene gran novedad literaria la corte de Don Juan II, con grandes poetas como Juan de Mena, autor del Laberinto de Fortuna, i con el Arcipreste de Talavera, no menos importante que el de Hita, cuya obra «El Corbacho» es mui poco conocida, porque ha

sido editada sólo en la Colección de los Bibliófilos Españoles, por Pérez Pastor, i no está en el comercio. Se puede decir que por esto, sólo los mui eruditos han tenido la suerte de leerla.

Ahora, ¿qué representa la corte de Don Juan II? La elevación al plano artístico, de las frases callejeras, de los decires i de las riñas de las mujeres. Por primera vez lo natural e inmediato se convierte en tema artístico.

En el siglo XV se dibuja la dirección docta latinizante i se insinúa la tendencia realista popular, llamada a influir en el nacimiento de la novela picaresca i otros géneros literarios que culminarán en el Quijote.

Sin embargo, a pesar de todas estas innovaciones que hacen variar la lengua, se manifiesta un ritmo lento en la marcha del castellano. Quiero subrayar esta característica de nuestra lengua para que se vea, una vez más, cuán indescifrables son los destinos de una lengua i su literatura sostenidos, en último término, por el espíritu étnico de los pueblos que lo tienen. Hai una evolución lenta en el castellano; hai una permanencia de los mismos temas en la literatura.

Este fenómeno que se produce en España es absolutamente distinto de lo que acontece en Francia, Inglaterra i Alemania.

Dad a un inglés, a un francés o a un alemán que no se haya dedicado a la filología, un texto del siglo XIII, i no entenderá nada. Habladle a un francés que no sea filólogo de la «Chanson de Rolland» por ejemplo, i seguramente nada os podrá decir. En cambio, dad a un lector de lengua española el «Poema del Cid»: encontrará una que otra palabra que no en-

tiende; un alumno de segunda enseñanza podrá comprenderlo íntegramente; i mucho más fácil le será naturalmente leer la lengua española del siglo XIV. Que a pesar de las diferenciaciones que se producen en la lengua española, la evolución es lenta: la continuidad entre el ayer i el hoy del idioma no tiene fallas.

De la misma suerte, según ha podido demostrarlo Menéndez Pidal, se pasa en los temas épicos de la jesta antigua a la forma breve del romance i de éste a la forma dramática: se da el hecho extraordinario de que esos mismos moldes artísticos medioevales sirven hoy para que la emoción del pueblo español se revele, en todas las zonas del mundo, con una lenta evolución. Podemos leer, «Las Partidas», las «Crónicas Jenerales» i muchas otras obras de Alfonso X el Sabio, sin necesidad de poseer una preparación especial.

Esta continuidad de nuestro espíritu, esta lenta evolución se debe, creo yo, i creen conmigo todos los que se interesan por estas materias, al contrapeso que a la evolución hispánica ha opuesto siempre la masa, el pueblo. Se ha hecho de esto un elemento de crítica pesimista. No creo que sea labor fructífera detenerse, regodearse con el análisis de los defectos i los males hispánicos. Tenemos nosotros muchos defectos, hemos hecho muchas malas cosas, pero la contemplación de nuestros dolores ¿no es acaso una tarea morbosa? Cuánto mejor no sería que tratáramos de estudiar nuestro ser moral i ver los modos con que discurría en la historia.

Sin que yo quiera entrar en ese problema ahora, es lo cierto que, en lo político, la masa ha representado

entre nosotros un movimiento retardado. (Yo diría más bien de ritmo especial). Pero ese movimiento de las masas es lo que permitió a España la colonización de América, por ejemplo. Este fenómeno permitió movimientos globales en el país. Los movimientos de excepción han sido gobernados por esa masa i no por los directores de ella.

De manera, entonces, que el pueblo, que gusta hacer las mismas cosas siempre, que no es amigo de innovaciones, no ha innovado en el lenguaje. I si es cierto que en el siglo XV se manifestó una innovación evidente, no es menos claro que esas diferencias no son tan profundas como las que separan el francés del siglo XVI del francés de los siglos XIV i XV.

Nuestra historia se manifiesta, pues, en un ritmo lento, en cuanto a religiosidad, ideas i tradicionismo hispánico. Con ese ritmo hemos hecho lo que hemos podido. I yo creo que la misión del historiador consiste en analizar el alma del pueblo español, en vez de entretenerse en sus males del pasado.

En resumen, señores i señoras, al esbozar cómo durante la Edad Media se preparan los elementos para que aquel humilde dialecto del Norte de Burgos venga a ser la lengua esplendorosa de una literatura, i vaya a difundirse por todo el mundo, hemos podido observar que no es posible seguir esta evolución del idioma, sino acompañándonos de la marcha de su fonética, su morfología i su sintaxis. La lengua es un producto del espíritu humano i tiene por esto que ser comprendida en toda la integridad de su problema.

Influencia del Renacimiento en la evolución de la lengua española.



Influencia del Renacimiento en la evolución de la lengua española.

Señoras i señores:

Al entrar en esta época de la historia de la lengua española, la del Renacimiento, necesitamos prescindir un tanto de la rigurosa disciplina gramatical para penetrar en el dominio, el del desarrollo de la sociedad, del análisis de las corrientes espirituales que circunscriben el lenguaje, i determinan fundamentalmente su crecimiento i su máxima floración. El idioma es hablado en aquella época por un país que alcanza un momento de plenitud vital en el orden interno i político, en el terreno de la cultura i en el prestigio universal. Cuando esto acaece a los pueblos, las lenguas se estabilizan, i entonces no basta analizar la evolución de los sonidos, porque los sonidos, en jeneral, no varían grandemente ni anotar los cambios funda-

mentales de la sintaxis, porque estos no existen. Solo a principios del siglo XVI se pueden señalar transiciones a veces bruscas.

En ciertos períodos del siglo XIII se operan en la literatura mutaciones bien conocidas de los técnicos, como por ejemplo, en el apócope de los pronombres i en la colocación de los verbos auxiliares. Pero ya en esta época encontramos un instrumento lingüístico bastante estabilizado, i es entonces cuando el historiador de la lengua debe comenzar a examinar el sentido de estas estructuras fonéticas, morfológicas o sintácticas.

La situación de España a fines del siglo XV es conocida de todos. Realizada la unión nacional, nacida una política sabia de intelijencia con otras naciones, mediante la habilidad de Fernando el Católico, descubierta la América, tiene la Península ante sí una serie de perspectivas ilimitadas. Los jéneros literarios que todavía no alcanzan su máximo esplendor, tienen, sin embargo, suficientes manifestaciones en estos últimos años de 1400 para que podamos afirmar que ya la literatura española encuentra dentro de sí todos los jérmenes, todos los elementos de lo que ha de ser la futura grandeza literaria de la nación.

En estas condiciones, lo que al lingüista le interesa, es ver cómo el ambiente, cómo el pensamiento de los sabios, cómo el alma colectiva de la nación se comportan frente al instrumento lingüístico. I estas condiciones que circunscriben el idioma se dan en una época de caracteres precisos, cuya estructura ideológica conocemos perfectamente: la época del Renacimiento.

Hai un nombre, el de Antonio de Nebrija, que no

ha sido estudiado como se debiera, ni por los historiadores del idioma, ni por los historiadores de la literatura, a pesar de que puede considerársele como un erudito, como un sabio, cuyos libros son la obra de un espíritu preclaro, lleno de vivacidad, de motivos ideales i anunciador de toda una serie de progresos en el idioma nacional.

Antonio de Nebrija era de la ciudad de Nebrija, provincia de Sevilla. Recibió allí una educación insuficiente en humanidades. No había buenas humanidades en España; i por esto, según él mismo nos refiere, marchó a Italia, a Boloña, centro de maestros de latinidad i neoplatonismo. Volvió dispuesto a dar batalla a lo que llamaba la barbarie, que estaba encastillada en el castillo roquero, como él dice, de la Universidad de Salamanca. Había que dar, pues, guerra a la Universidad de Salamanca a fin de cambiar la situación universitaria.

Pero Nebrija no ha sido sólo un latinista; sino también el autor de la primera gramática de la lengua castellana, que apareció en ese año maravilloso de 1492, «i no sin misterio», como diría Cervantes.

No había descubierto Cristobal Colón la isla de San Salvador, cuando Nebrija entregó la «muestra», como él dice, de su gramática a la reina Isabel la Católica, en Salamanca. Por primera vez surjía una gramática de una lengua vulgar. I preguntóle la reina: ¿Para qué sirve esto?

I entonces «el muy reverendo padre obispo de Avila me arrebató la respuesta: e respondiendo por mi dixo: Que después que vuestra alteza metiese debaxo de su iugo pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas: e con el vencimiento aquellos tenían nece-

sidad de recibir las lei es: quel vencedor pone al vencido e con ellas nuestra lengua: entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento della como agora nosotros deprendemos al arte de la gramática latina para deprender el latin. Y cierto assi es que no solamente los enemigos de nuestra fe que tienen ia necesidad de saber el lenguaje castellano: más los vizcaínos, navarros, franceses, italianos e todos los otros que tienen algun trato e conversación en españa e necesidad de nuestra lengua: sino vienen desde niños a la deprender por uso: podran lo mas aina saber por esta mi obra».

He aquí una verdadera profecía.

Surjió pues, la gramática de Nebrija, en 1492, como una explosión del espíritu imperialista. Nebrija se da cuenta de que la lengua española va a ser mundial i de que por lo tanto hace falta tener algún instrumento para facilitar su aprendizaje en todo el mundo, si fuese necesario.

Nebrija señala varias finalidades a su gramática. Nos dice, con una visión más exacta del problema que la que han tenido muchos gramáticos posteriores, que es necesario estudiar la gramática castellana i establecer para qué sirve la gramática. Dice que el estudio de la gramática contribuirá a facilitar el estudio del latín, la lengua materna, i a fijar el idioma; pero no sólo se trata de fijar el idioma, porque si interpretamos bien el pensamiento de Nebrija, veremos que quiere que se señale las reglas i que se reduzcan a la unidad las variaciones fonéticas i lingüísticas. A este respecto, Nebrija es el primero que hace en el castellano lo que Zenodoto en la lengua griega i Crates en la lengua latina. Ved, pues, con qué claridad señala

Nebrija el fin de su gramática: reducir a la sencillez las variaciones del idioma, dar facilidad en el aprendizaje de la lengua propia a los extranjeros i facilitar el estudio de la lengua latina; finalidades prácticas, concretas i razonables, con ninguna de las cuales se persigue que la gramática sirva para hablar correctamente el propio idioma. Nebrija tiene en este sentido, como científico del idioma, méritos particulares.

Me limitaré a observar, de pasada, que Nebrija, mucho antes que Castelletto en Italia, ya había manifestado que el futuro de las lenguas románicas iba a desenvolverse primero en el infinitivo, i después en el presente de indicativo del verbo haber. Aparte de esto, Nebrija, señalando ése concepto de evolución del idioma i la conexión íntima que existe entre la lengua i la sociedad, empieza su gramática con estas bellas i magníficas palabras dedicadas a la Reina Isabel:

«Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida Reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas: que para nuestra recordación e memoria quedaron escriptas: una cosa hallo e saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fué compañera del Imperio: e da tal manera lo siguió: que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron, e despues junta fué la caída de entreambos.»

Poned en lugar de Imperio algo que Nebrija no podía espresar, aunque lo vislumbra; poned no sólo la palabra Imperio, sino además «cultura», «evolución cultural», i encontraréis que lo que dice Nebrija tiene una actualidad absoluta. En efecto, las lenguas

viven en tanto vive el imperio con que están relacionadas. I este es el sentido que de la gramática tenía Nebrija; sentido por tanto científico, pedagógico, de la evolución social del idioma.

Pero además hai otra cosa: Por importante que objetivamente sea esta posición de Nebrija frente al idioma, nosotros no podemos por menos de analizar la personalidad del gramático.

Este gramático tiene dotes especiales. Viene de Italia, por lo pronto, lleno de una magnífica soberbia; luego de un afán de inmortalidad—pero de inmortalidad en este mundo—i además de la conciencia de que su obra ha de tener una importancia nacional. Dice él repetidamente que ha de trabajar «para sus españoles». He aquí la demostración de nuestro aserto.

Pero tenemos dos gramáticos, dos filólogos porque Nebrija no es precisamente un gramático sino un filólogo en el sentido que hoy la ciencia da a esta palabra. Tenemos dos filólogos, uno olvidado que sólo los eruditos citan: Alonso de Palencia, que publicó ya en 1490 una obra titulada «Universal Vocabulario en Latín i Romance».

Hasta ahora se ha pensado que este era el primer diccionario compuesto; pero hai otro, que yo pienso publicar, más imperfecto que el de Palencia, pero muy anterior.

Palencia pasó por ser el primer autor de diccionario; i, en efecto, está el suyo impreso en un incunable de 1490. Pero ese diccionario fué olvidado en seguida por el de Nebrija, publicado en 1492; i con razón, porque desde luego el método de Palencia era mediocre, pues tomaba las palabras latinas i las traducía al castellano, sin hacer el trabajo inverso. Nebrija es

entonces el primero que pone además la traducción latina junto a la palabra española.

Pero quiero llamar la atención sobre los fines de Palencia, espíritu medioeval que, ni científica ni espiritualmente, está imbuído de las nociones nuevas del Renacimiento.

Dice, en efecto, Alonso de Palencia:

«...si les place en buena caridad rogar por mí, Alfonso de Palencia, que alcance perdón de mis pecados, de manera que no sea repelido en las tinieblas y en la sombra de la muerte; mas la luz perdurable me luzga, segun los cristianos son tenidos de rogar por sus próximos; et segundo yo, aunque mui indigno, ruego por todos los católicos, confiando en los méritos de la mui gloriosa Virjen Reina de los cielos, que siempre cura de rogar a su fijo, nuestro Señor e Redentor Jesucristo, que vive e reina con el Padre e con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Amen».

En tanto, Nebrija quiere la inmortalidad en la obra humana que realiza; no aspira a la inmortalidad por la obra teológica. A este respecto dice en el prólogo de su Diccionario Latino Español:

«Mas como aia tres linages de ombres: que no tienen razon de biuir: los que ninguna cosa hazen o hazen mal, o hazen otra cosa: aquellos por cierto son dignos de vida: que no solamente hazen bien: mas aun segun la sentencia de nuestro salvador obran el manjar que nunca perece: & pues que les es negado biuir mucho tiempo: dexan alguna obra por donde muestren que biuieron. Y querer me io contar en el número destes aun que es de ombre poco modesto & que destemplada mente usa de su desseo: quiero agora confessar esta mi liviandad: que ninguna cosa tuve

mas delante mis ojos que traer al comun provecho de todos mis velas & trabajos: por que despues de muchos merecimientos en nuestra república alcançasse gloria inmortal».

(I, en efecto ha trabajado así porque hoi nosotros lo recordamos).

«Este es muy cierto camino para ir al cielo. Este consagró a eternidad aquellos de cuios ingenios por sus obras nos marauillamos. Mas si mis trabajos an de perecer: por que como dize el poeta el libro que a de biuir a menester un angel bueno que lo guarde: io con tanto cuidado & vela los trabaje como si ouiessem de biuir. Y teniendo ió ingenio & tan bien doctrina para alumbrar una de aquellas artes que son para ganar dineros & mas aparejadas para alcanzar onras: no me contente ir por aquel comun & hollado camino: mas por una vereda que ami solo de los nrros me fué diuinamente demostrada: venir a la fuente: de donde hartasse ami primero despues a todos mis españoles».

¿Qué quiere decir esto? Que Nebrija es un humanista. Vulgarmente se llama humanista al que ha trabajado en las aulas con las obras de la antigüedad clásica, al que ha estudiado los autores griegos i latinos; pero humanista es algo más: humanista es el que está poseído del espíritu humano. El Renacimiento, en lo esencial, no es otra cosa sino la cultura del tipo humano; el Renacimiento, al descubrir la antigüedad clásica, no se limita a maravillarse de las bellezas que encuentra en los tesoros del arte, de la literatura i de la ciencia, sino que se hace esta reflexión: si el hombre en épocas anteriores a la Edad Media ha alcanzado un esplendor extraordinario en todos los

órdenes del espíritu, es que hai realmente un tipo común humano capaz de sentir todas las emociones, algo así como un común denominador de la cultura: el HOMO espiritual por excelencia. Esto es el espíritu humanista. Desde este punto de vista, Nebrija, impregnado de este sentido de la época, es soberbio. Soberbio era también Pico de la Mirandola; soberbio era Campanella cuando al puntualizar los problemas de la historia de la civilización, afirmaba que el hombre es superior a los animales i a la naturaleza. Campanella, lo mismo que Pérez de Oliva, dice que el hombre es superior porque piensa. I Campanella, anticipándose a Pascal, acaba una célebre poesía con esta frase: «Pensa, homo, pensa». Pascal había dicho: «el hombre es una caña pero es una caña que piensa».

Este sentido que encontramos en los prólogos de Nebrija los señalo no sólo para que veáis la densidad espiritual en que se inicia este movimiento científico del idioma, sino para insistir en un punto de vista que ha de servirnos en conferencias ulteriores.

Nuestro Nebrija es, además, renacentista por el hecho mismo de escribir una gramática en lengua vulgar. Se ha dicho siempre que el Renacimiento se resume en el estudio i desarrollo de la latinidad; que en esta época la labor intelectual jiró alrededor de los autores griegos i romanos. Pensad si todo lo que acabo de deciros hace un momento acerca de las finalidades de la obra de Nebrija es también Renacimiento.

El Renacimiento, palabra que encubre un concepto complejo, que encubre multitud de valores ideológicos i hechos de historia en los cuales aparecen algunos de diverso espíritu, en lo que atañe a los turcos, como el español i el francés, no tiene aún un valor de

doctrina, no ha sido sistematizado ni la ciencia moral ni los principios artísticos. Este tiempo, en que actuó enérgica i finamente todo ese aliento renacentista de las academias platónicas, se resolvió en una cantidad de ímpetus vitales, en una ansiedad enorme, en una hambre que, aspira a absorber toda la vitalidad en todas sus manifestaciones.

La antigüedad clásica va deparándole sorpresa todos los días. Pero ¿i la realidad que lo circunda?

Hai un sevillano, Rodrigo Caro, historiador, arqueólogo i filólogo, que respondió a esta realidad con su inquietud por los juegos de los niños, i no solamente por los juegos infantiles, sino por todo lo que dice el pueblo, en especial por los refranes. I hai también un Hernán Núñez que nos da su «Refranero».

Nebrija entró también en el estudio de lo popular, porque tenía la comprensión de su importancia. Es un hecho que tiene un alcance profundo.

Diremos, pues, sin entrar aquí en apreciaciones ni en calificativos, sino quedándonos en el análisis exactamente histórico que esa doble corriente se manifestó aún en la relijión i la tradición. La obra del herejarca Juan de Valdés, «El Diálogo de las Lenguas», no es sino la manifestación del espíritu renacentista: la cultura de lo vital, de lo inmediato, de lo razonable i concreto i, al mismo tiempo, la visión amplia i jenial del concepto humano tal como se tuvo en la antigüedad clásica. No es por tanto un azar, un capricho del destino, el que Nebrija se nos aparezca en la cima de esa época de latinidad i que, a la vez, sea el hombre que estudia la lengua castellana con esa visión de los problemas concretos, inmediatos, de la realidad que lo circundaba.

La gramática de Nebrija resulta así un augurio, podemos decir, del descubrimiento de América. «Quiero que la lengua sea común a todos aquellos que vengán a someterse al yugo de los Reyes de Castilla».

Pero esto no es una peculiaridad de Nebrija.

A fines del siglo XV se encontraban en Roma varios embajadores ante la Corte del Papa español Borja, Alejandro VI. El embajador de España se llamaba Garcilaso de la Vega i estaba absorbido por una cuestión que hoi tal vez haría sonreír a los diplomáticos: la de determinar cuál de las lenguas, la italiana, la francesa, la española o la portuguesa, tenía más parentesco con el latín. Se entabló una discusión entre los cuatro diplomáticos. El embajador de Francia no se le tomó en cuenta porque el francés no podía luchar en latinidad con el italiano i el español. Prestijios de otro jénero, en una época de uniones matrimoniales de gran compenetración, hicieron tal vez que el embajador de Italia se eliminara de esta controversia. I el embajador de Portugal declaró, delante del embajador de Castilla, que no tenía nada que decir.

He aquí cómo esta anécdota, referida por Buzeta en su libro próximo a publicarse, nos hace ver que la lengua española comienza a ser discutida incluso en las cancillerías. A principios del siglo, Juan de Valdés, autor del «Diálogo de la lengua», heresiarca refugiado en Nápoles, de quien se ha preocupado Menéndez Pelayo, dijo: «Ya en Italia así entre damas como entre caballeros, se tiene por jentileza i galanía saber hablar castellano».

En esa Italia de la corte pontificia el Emperador Carlos V, nacido en Gantes, Carlos V, cuya lengua

materna era la francesa, se lanzó en pleno consistorio de cardenales a hablar en español. Hubo asombro entre los cardenales: nadie entendía. I el César dijo entonces: «Yo hablo español porque quiero, i quien no sepa español, que lo aprenda».

He aquí cómo la emoción íntima de nuestros artistas i poetas, he aquí cómo el pensamiento de Nebrija, reflejados en la vida política e internacional nos dan la impresión de que el español se presenta con todas las características de un imperialismo avasallador: quiere ser un gran instrumento de la cultura.

Mal haríamos, pues, en no señalar la figura de Nebrija, que tiene un enorme valor, i que habrá de ser apreciada i difuñdida como lo merece.

Respondiendo a esta característica de la época que ofrece el Renacimiento, Juan de Valdés, el magnífico conqueñense, escribe la primera parte de su «Diálogo de la Lengua». I con espíritu más mundano i menos científico que Nebrija, tomando como guía el buen gusto, el hablar de todas las jentes refinadas, en principios dogmáticos, se entretiene en analizar cuáles son las características de las palabras, cuáles formas son preferibles a otras. I de una manera deliciosa, como vosotros podréis apreciar si leéis el «Diálogo de la Lengua» cómo va este espíritu sutil del Renacimiento analizando todas las palabras del idioma, pesándolas, distinguiendo cuales deben preferirse a otras, i cuales son las características de nuestra lengua.

Pero esto no es todo. Al entrar en la época gloriosa de nuestras letras, no hai que perder de vista que la lengua no es sólo un objeto de discusión, de análisis para sabios o políticos, sino que ella misma va forjándose, volviéndose un instrumento fino i preciso

para espresar los sentimientos más delicados en la literatura i las ideas más complejas en la ciencia.

Luego se plantea, en la primera mitad del siglo XVI, un problema, que para nosotros no es problema ya, pero que lo era entonces: ¿Cómo hai que escribir las obras graves del pensamiento? ¿En latín o en romance? De una parte, el espíritu renacentista, los eclesiásticos, por ejemplo, decían que en latín, era la lengua sabia. Decían: ¿Cómo vamos a dejenerar hasta hablar de las cosas santas en la lengua que todo el mundo comprende, que está hollada por el vulgo? Tiene la misma importancia que esto lo del Marqués de Santillana cuando, al hablar de los romances, decía que eran «cantares i coplas con que se deleita la jente de baja i servil condición».

Así, pues, la jente llevada por el espíritu del siglo XVI, decía que no había de escribirse en romance sino en latín. Pero hubo espíritus no menos preclaros que sostuvieron la necesidad de escribir en romance castellano las obras graves, a tal punto que, ya en los comienzos del siglo, en su primer tercio, nos encontramos con escritores sagrados, como Alejo Villegas, autor de la «Agonía i Tránsito de la Muerte», i con el maestro Fernán Pérez de Oliva, escritor poco leído a pesar de encontrarse editado en la Biblioteca Rivadeneira i cuya obra podemos colocar entre las manifestaciones más espléndidas del pensamiento i de la sensibilidad renacentes que escribieron en romance.

Esta batalla culminó, hacia el último tercio del siglo, en la personalidad del maestro Luis de León, que perseguido por diversas causas, criticado i censurado inquisitorialmente, pero con el cual hubo de hacerse la justicia de establecer que nada había de

punible en su obra literaria dulce en apariencia pero llena de una energía i de una animación polémica realmente combativas salió en defensa del castellano. I nosotros hallamos hoy mui justo ese verso de Lope de Vega en el «Laurel de Apolo», lamentándose en 1629 de la corrupción que invadía la lengua castellana con motivo de los sucesos culteranos, lo cual nos evoca la figura de Agustín: «Si este siglo vivieras, fuerte León en su defensa fueras».

En el prólogo de «Los nombres de Cristo», libro III, Luis de León se decide a dar batalla a quienes piensan que el romance castellano no es digno de ser un instrumento de alta cultura. I al explicar su actitud, al justificar por qué escribe en castellano, al hablar de lo que se escribe en lengua popular i de lo que se escribe artísticamente, dice cosas tan modernas que yo no tengo sino leer sus frases para que vosotros participéis de todas mis ideas sobre el caso.

«Así que, no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; más, al revés, viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas, sino por ellas estimen la lengua si acaso las vieron;»...

«...porque es muy de creer que los que esto dicen no las han visto ni leído. Mas noticia tienen dellas, y mejor juicio hacen los segundos, que las quisieran ver en latín, aunque no tienen mas razón que los primeros en lo que piden y quieren. Porque pregunto: ¿Por qué las quieren mas en latín? No dirán que por entenderlas mejor, ni hará tan del latino ninguno, que profese entenderlo mas que su lengua, ni es justo decir que, porque fueran entendidas de menos,

por eso no las quisieran ver en romance; porque es envidia no querer que el bien sea común a todos, y tanto mas fea cuanto el bien es mejor.

Mas dirán que no lo dicen sino por las cosas mismas, que, siendo tan graves, piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las cosas. A lo cual se responde que una cosa es la forma del decir, y otra la lengua en que lo que se escribe se dice. En la forma del decir la razón pide que las palabras y las cosas que se dicen por ellas sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo mas levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen; mas, en lo, que toca a la lengua, no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas; y esto mismo de que tratamos no se escribiera como debía por sólo escribirse en latín, si se escribiera vilmente; que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como a la gravedad le conviene, o sean españolas o sean francesas; que si, porque a nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error;» . .

« . . que Platon escribió no vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar, y no menores y menos levantadamente las escribió Cicerón en la lengua que era vulgar en su tiempo; y por decir lo que es mas vecino a mi hecho, los Santos Basilio y Crisóstomo y Gregorio Nacianceno y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega que, cuando ellos vivian la mamaban con la leche los niños y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios mas divinos de nuestra fé, y no dudaron

poner en su lengua lo que sabían que no había de ser entendido por muchos de los que entendían la lengua; que otra razón en que estriban los que nos contradicen, diciendo que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance, como si todos los que saben latín, cuando yo las escribiera en latín, se pudieran hacer capaces dellas, o como si todo lo que se escribe en castellano fuese entendido de todos los que saben castellano y lo leen. Porque cierto es que nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas bien o mal escritas que pertenecen al conocimiento de las diversas artes, que los que no tienen noticia dellas, aunque las lean en romance, no las entienden».

Luis de León, contesta ya en 1580, a todos esos que sostienen, con el criterio de una injenuidad positivista que el lenguaje debe ser el reflejo de la realidad, criterio tan pueril, lingüística como artísticamente. Nó; la realidad lingüística es aquella que el escritor quiere que sea; la elección de las palabras nada importa: lo que interesa es el elemento personal que entrega el escritor. Esto es lo que subraya con energía Luis de León, i lo veremos más claramente en otro de sus párrafos que dice:

«Mas a los que dicen que no leen aquestos mis libros por no estar en romance, y que en latín los leyeran, se les responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que, si estuviera en otra, tuvieran por bueno. Y no sé yo de donde les nace el estar con ella tan mal; que ni ella lo merece ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan mas de la suya, por poco que della sepan, como de hecho saben della poquísimo muchos. Y destos son los que dicen que no

hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin órden, y porque pongo en las palabras concierto y las escojo y les doy su lugar; porque piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio así en los que se dice como en la manera cómo se dice; y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen y mira el sonido dellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa, y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que, así como los simples tienen su gusto, así los graves y los sabios y los naturalmente compuestos no se aplican bien a lo que se escribe mal y sin órden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es».

He aquí, pues, todo un libro de doctrina en tan breves palabras. He aquí el principio idealista, el principio de la incorporación de la realidad a los elementos estéticos i a la construcción del idioma. Muchas veces se han citado como muestra las palabras de Juan de Valdés, en las cuales dice aquel magnífico conqueñse que él para espresarse, toma las palabras de todo el mundo i se limita a escribir con claridad i exactitud lo que piensa. De ahí viene ese error de pensar (en que incurren algunos) que la escritura literaria ha de ser simple i que estará bien cuando se haya hecho con toda naturalidad. No hai tal. La razón es de Luis de León. Las palabras son todas las

mismas; pero el arte está en como hai que tratarlas, medirlas, pesarlas i ordenarlas, atendiendo a su forma i a su fondo; en esto de su forma, en la morosidad i el cariño con que se las maneje.

Hallamos, en el trozo leído, que el principio estético proclamado en ese siglo es un principio también actual.

En los «Nombres de Cristo», Luis de León refleja por manera esquisita la afición a esàs dos maneras de ser del Renacimiento: la de la cultura clásica i la de la realidad, la de lo vivo i de todos los días, pero con toda la ciencia, con todo el arte i el saber del Renacimiento. I es por esto por lo que Luis de León escribiendo en romance, es mucho más culto que todos los pedantes de la época que escribieron en latín i se mantuvieron sin salir de las ideas de los siglos XII i XIII i sin aportar sentido alguno nuevo ni a la lengua ni a la literatura.

Esos dos principios, el vitalismo popular i la elaboración docta de los cultos, eran dos tendencias paralelas a lo largo del siglo XVI i parte del XVII, tiempo en el cual se establece el puente de unión entre ambas.

Frente a la obra de Luis de León se desenvuelve la corriente docta en forma exajerada, siguiendo su marcha hasta tanto no se encuentre el espíritu jenial que haga con esas formas la obra perfecta de arte, como es el caso de don Luis de Góngora.

Como consecuencia inmediata de esta lucha porque el romance castellano se emplee en obras graves, se crea una forma de belleza en nuestra literatura, jenuinamente española, que ha sido juzgada con prejuicios por muchos, pero que tiene, sin embargo

un extraordinario valor en nuestra mística, sin tomar en consideración su aspecto dogmático i religioso. Esa mística nuestra, tesoro de sabiduría popular i de sensibilidad artística, es un fruto del empleo de la lengua vulgar para cosas graves; pero, al mismo tiempo esta lengua hace posible los escritos doctos, las obras de los traductores e imitadores de Erasmo. Toda esa corriente que hace falta a fines del siglo habrá de tener un puente espléndido entre la tendencia popular i la docta en la manifestación del espíritu más sutil del Renacimiento: Cervantes. Toda esa corriente que va por la mística i por los tratados de los erasmistas se vertirá en la obra de Cervantes. I Cervantes aprovechará todo ese caudal de sabiduría, afinado i pulido de sentencias pedantescas, despojado del ritmo latino.

Prescindiendo de estos momentos de armonía, hai que considerar por otro lado, lo que hace la dirección culta. Esta dirección culta que se estiende a lo largo del siglo XVI, dará sus resultados en el siglo XVII en el arte, especialmente en la poesía de Góngora. Si el español, más que ninguna lengua románica, tiene íntima relación con el latín, se piensa que es el espíritu latino el que puede levantarla. Siempre hai esa doble actitud en nosotros: plegarnos al pueblo, a la masa, o mantenernos dentro de un severo aristocratismo, aislados de lo que puede ser el espíritu de los muchos. Yo no diré cuál tendencia es preferible, sino que ambas se dan en la historia. Las manifestaciones más extraordinarias se han dado en los casos que no todos pueden comprender, porque, como decía Platón, hai verdades a las que sólo pueden llegar los elejidos.

La tendencia culta que empieza con estas nociones latinizantes tiene su desarrollo en el siglo XVI, en la obra de Fernando de Herrera, poeta sevillano, que piensa que se puede escribir al mismo tiempo latín i romance, i que se divierte en construir frases cuyas palabras pueden interpretarse tanto en castellano como en latín. Esta exacerbación de lo culto no tiene interés científico; esta tendencia en la lengua i en la literatura es algo que ha de culminar en el espíritu gongorino, que traigo aquí a colación para que no se piense simplistamente sobre este hecho de nuestra historia literaria.

Muchos creen, i esta es una injenuidad de los historiadores, que llegó un día en que Góngora perdió la razón i se dió a escribir versos de estructura absurda, latinizando vocablos que el pueblo no entendía.

La obra de don Luis de Góngora no es ningún arrebatado de locura, como algunos no se han cansado aún de repetir; es la sublimación de una tendencia que venía derechamente de la época renacentista.

En resumen, podemos decir que nuestra lengua en la época renacentista i al iniciarse los siglos áureos es un resultado espléndido de condiciones sociales i políticas, pero esencialmente de actividades de cultura en relación con estos elementos primordiales con que se manifiesta ante nosotros el espíritu renacentista en sus formas peculiares, tanto en la ciencia como en la literatura i como en la consideración del mismo lenguaje. Sin la lengua es inconcebible el alma española. Se dice que el realismo i el idealismo son los polos del espíritu español, i esto, en principio, es verdad; pero la única manera de comprender-

lo históricamente es viendo cómo se estienden, cómo se espanden esas tendencias.

I es lo que veremos en las conferencias venideras, saliéndonos del terreno literario para ver cómo, en todas las actividades, este espíritu de la lengua española adquiere una frondosa manifestación.
